

todas las aguas llovedizas que bajan de las montañas. Su población es de cerca de 15 mil habitantes.

#### Orleans.

Permitaseme aquí echar un ligero sueño de diligencia : una vez que los pueblos que siguen ofrecen poca importancia y curiosidad. Fuera, si, reprehensible si pasara por *Orleans* dormido y sin dar cuenta : sin embargo, ya habíamos parado en la espaciosa plaza de *Martroy*, y Tirabeque aun dormía como un bienaventurado, á pesar de la estrechez y opresion en que le llevaba el hombre corpulento. — Despierta, Pelegrin, le dije acompañando el llamamiento verbal con una mamola no nada suave, porque todo se necesitaba para él. — Oiga Vd., señor panzudo, exclamó medio adormitado creyendo que era el compañero el que le habia hecho aquella insinuacion : ¿ sabe Vd. que no me gusta que me manosee ningun frances? — ¿ *Monsieur*? — Pues, Monsieur, Monsieur : Vds. todo lo componen.... Sosiégate, Pelegrin, que no ha sido el señor, sino yo que he querido despertarte. Y vamos á bajarnos, porque quiero ver mas de cerca aquella doncella que está allí al extremo de la plaza. — Señor, no haga Vd. calaveradas : ¡ doncella y estar en la plaza á las dos de la noche ! Por el santo hábito que visto en España, que no diera yo dos *sous* franceses por este doncellaje. — ¿ Qué sabes tú hombre? Pues yo no solo la tengo por doncella, sino por heroína y mártir, y en esto sigo la opinion del abate LANGLET. Y vamos bajando, que quiero tener el gusto de contemplarla de cerca.

Descendimos, pues, y llevando á Tirabeque como á remolque hácia la extremidad oriental de la plaza á favor de una luna como un sol, « yo te saludo, dije, *Doncella de Orleans*, inmortal heroína, celebérrima *Juana de Arco*, que con un valor inaudito y con una resolucion impropia de tu débil sexo obligaste á los ingleses á levantar el sitio de esta apurada ciudad y pusiste la corona en la cabeza de Carlos VII : yo te saludo, mártir insigne del fanatismo de los obispos y sacerdotes de tu tiempo..... » — Señor, páreceme que no le da á Vd. el naípe para requebrar, porque maldito el caso que veo hace de Vd. la muchacha. Vd. no sabe tratar con esta gente : verá Vd. como á mí me responde : « hola, chica ; ¿ qué haces por aquí á estas horas? quieres venirte conmigo á París? » Señor, es muda la muchacha, así Dios me salve. — Pero, majadero, ¿ no conoces todavía que es una estatua de bronce? —

Toma, toma, ¿ y para ver una estatua me despierta Vd. y me hace bajar á coger frio? — Y qué, ¿ no merece esta pequeña incomodidad el gusto de ver de cerca la estatua de la *Pucelle* ó *Doncella de Orleans*, tan célebre en el siglo XV, y cuya historia se ha hecho tan notable no solo en Francia, sino en el mundo entero?

Volvimos á subir á la diligencia, y á poco rato dejámos la capital del departamento del *Loiret* con sus 40,000 ó mas habitantes, con sus rios y sus canales, sus fábricas y sus muchos establecimientos, su vasta catedral gótica, su universidad, sus colegios, y sus calles tortuosas y mal enlosadas.

#### Las cercanías de Paris.

Á las campiñas pintorescas de la jornada de *Tours*, suceden al siguiente dia las desagradables y arenosas playas del Orleanés : y fuera de la pequeña ciudad de *Etampes*, cuya posición á la orilla del *Juine* hace su término mas variado y poblado de árboles y molinos harineros, todos los demas pueblos que se encuentran, incluso *Arpajon*, *Dongfumeau* y *Bermy* (que pertenecen ya al departamento del *Sena-y-Oise*), ofrecen poco atractivo y poco que notar al viajero. El terreno es llano y de labrantío, pero no de la mejor calidad. Las poblaciones, aunque pequeñas, anuncian ya en su gusto y aseo la proximidad á una gran capital, y sobre todo se nota un movimiento de carruajes de todo género que apenas podrán andarse cien pasos en muchas leguas sin encontrar algun carruaje de transporte de hombres ó de mercancías ó de todo junto. Es una línea que casi no se corta.

Pero cortémosla nosotros ántes de entrar en Paris, para observar, que es tal la seguridad con que se viaja en Francia lo mismo de noche que de dia, y tal la confianza que se lleva, que ni siquiera viene á la imaginacion el pensamiento de poder ser asaltado ó robado. En los pueblos donde parten las diligencias y coches del correo, se ve de público cargar los sacos de dinero ; sin embargo se emprende la marcha de noche y sin escolta, y á nadie le ocurre la posibilidad de un robo : puede decirse que no se conocen los ladrones sino porque hay una palabra en el diccionario para significarlos. De trecho en trecho ó de distancia en distancia encuentra el viajero un par de gendarmes á caballo que recorren y vigilan los caminos. Pero pienso que pocas batallas se les ofrecerá sostener con los salteadores. Y en este punto séale permitido á un viajero español el tratar de olvidar á su patria por un momento,



porque si no, al entrar en Paris le va á conocer todo el mundo el mal humor en la cara.

Las dos y média de la tarde serian, cuando, pintado el asombro en el semblante de Tirabeque y la viva curiosidad en el de su amo Fr. Gerundio, hicieron los dos exclaustros su entrada pública en la capital del reino de los franceses, cosa que no habia sucedido jamas hasta aquel dia en medio de tantas novedades como ocurren diariamente en Paris.

## PARIS.

### Primera dificultad.

« Pretension exagerada pareceria, y serialo en efecto, la de querer bosquejar el inmenso cuadro que bajo todos títulos ofrece la capital de Francia, reducido á las mínimas dimensiones de unos apuntes de viaje.... » Asi encabeza *El Curioso Parlante* su primer artículo de PARIS en los *curiosos y bien parlados apuntes* que con el título de *Recuerdos de Viaje* no ha mucho ha publicado.

Y yo Fray Gerundio, que tambien *curioso, parló, apunto y recuerdo* á mi gerundiano modo las impresiones y observaciones de viaje que he podido á duras penas retener en esta potencia que llaman *memoria*, y que el *Padre Astete* no sé por qué capricho colocó la primera en terna de las del alma, debiendo ser la última á guisa de director general, que propone en primer lugar para un destino á su pariente ó ahijado, aunque sea el ménos acreedor de los de la terna : digo que yo Fray Gerundio, al llegar á la populosa capital de la populosa Francia, no solamente reconozco como el *Curioso Parlante* la dificultad, dado que no sea imposibilidad de encerrar en las estrechas dimensiones de unas memorias de viaje el bosquejo del inmenso cuadro que bajo todos títulos ofrece aquella vatísima poblacion, sino que (con franqueza y humildad sea dicho) he estado mucho tiempo dudoso, incierto, irresoluto, vacilante y perplejo sin saber por dónde empezar, sin saber por dónde entrar en Paris, que no es lo mismo entrar en un pueblo metido en una diligencia tirada por cinco robustos normandos, que entrar con la pluma haciendo letras que se han de volver de molde.

Lo primero es muy fácil, lo segundo se lo doy al mas guapo y

al mas pintado, cuanto mas á un Fr. Gerundio, que ni es guapo ni entiende de pintarse ni de pintar.

¿ Por dónde entraré, decia yo, en ese receptáculo de siete leguas de circunferencia, en cuyo ámbito bullen y hormigean cerca de un millon de pecadores? En esa ciudad, gigante, que orgullosa y soberbia con ser la primera del mundo en establecimientos literarios y científicos en la variedad y belleza de los monumentos públicos, en el gusto y elegancia de los objetos de lujo y de adorno de la industria y de las artes, se humilla con repugnancia á ser la segunda de Europa en poblacion, y la cuarta en la extension de territorio? ¿ En un pueblo, que en su ambicion, ya que no pueda abarcar la Europa entera dentro de su recinto, ya que no pueda sujetarla á Paris en lo material como estuvo á pique de conseguirlo en lo formal aquel otro gigante conquistador que no cabia en Paris ni en Francia (1), ha querido hacerse la ilusion de tener á la Europa dentro de sus muros construyendo una plaza titulada *de Europa*, donde van á desembocar las calles de *Paris*, de *Berlin*, de *Viena*, de *San Petersburgo*, de *Stokolmo*, de *Londres*, de *Madrid*, y de *Nápoles* : cruzadas por las de *Constantinopla*, de *Roma*, de *Lisboa*, de *Hamburgo*, y de *Amsterdam*, sirviéndoles de retaguardia las de *Venecia*, de *Milan*, de *Florenzia* y de *Mesina*? ¿ Por dónde daré yo principio á hablar de un pueblo en que parece que cansado el Dios de las alturas de llover sobre la tierra agua, nieve y granizo, y otras cosas ordinarias, abrió un dia la mano y derramó sobre los campos donde existió *Lutetia*, una granizada de palacios, templos, basílicas, museos, academias, hospicios, hospitales, bibliotecas, estatuas, jardines, teatros, y todo género y especie de monumentos, como diciendo : « ahí tienes, mortal, donde estudiar toda la vida, y si te mueres de viejo, y vuelves á nacer, vuelve tambien á estudiar ahí, que todavia encontrarás alguna nueva leccion? » ¿ Por dónde principiar á describir un pueblo cuyo recinto circulan cada dia 22 mil carruajes con 30 mil caballos, ó 420 mil piés de caballo como diria un portugues? ¿ Qué he de decir yo de un pueblo que tiene 30 mil casas, y en que nacen cada año 30 mil ciudadanos al mundo? ¿ Por dónde entro yo en una poblacion que se engulle 72 mil bueyes, 46 mil vacas, 74 mil terneras, 365 mil carneros, y 87 mil puercos al año?

Con esta primera y no menguada dificultad estaba batallando,

(1) Napoleon.



yo Fr. Gerundio de Campázas y del primero de los Carabanchelles, cuando con aire de resolucion y de marcialidad tomó Tirabeque la palabra y me dijo : — Señor, déjese Vd. de dificultades, y entremos francamente y sin reparo, y yo delante si es menester, por el *Puente Nuevo*, que por allí entrámos cuando entrámos de véras, sin que nadie se metiera con nosotros, y vaya Vd. diciendo lo que se le venga á la mano, y yo delante si Vd. quiere, que de todos modos mas ha de ser lo que tendrémos que callar que lo que podamos decir, y el que quiera verlo todo, que abra la *garbeta* ó el *pulpitre*, y vaya á la casa de postas, y tome de berlina ó de interior, lo que mas le acomode, y haga su maletilla.....

— Basta, basta, Pelegrin, le dije : y alentado con sus justas observaciones, y convencido de la imposibilidad de describir ni científica ni extensamente una poblacion casi indescriptible de suyo y mucho mas indescriptible por la escasez de las fuerzas y de los conocimientos gerundianos, é incompatible tambien con la ligereza de una breve reseña y ligeros apuntes de viaje, parecióme que cumplia con la obligacion que como viajero me habia impuesto de pagar un tributo á mi patria y mis compatriotas trasladando al papel las observaciones que me sugirieron mis gerundianos limitadísimos talentos, y me decidí, siguiendo el consejo de Tirabeque, á entrar en Paris con la pluma por el mismo sitio que lo habia hecho en ruedas de la diligencia.

#### Primeras impresiones.

Tambien es dificultad el pintar las primeras impresiones que recibe un viajero novicio al entrar por primera vez en Paris. Por de contado no se la causó muy agradable á Tirabeque el saber que entrábamos por la barrera del *Inferno*, ántes lo tuvo por signo algo siniestro y aciago. Ni es tampoco muy grato para el extranjero que va ávido de bellezas, el largo tránsito de calles húmedas, sucias y sombrías que se atraviesan (porque es de saber que la entrada mas ingrata que tiene Paris es la que se hace yendo de España) hasta llegar al *Pont-Neuf*, que muchos viajeros traducen, *Puente Nuevo*, y debe ser *Puente Nueve*, así llamado porque tiené nueve salidas, y mal pudiera denominarse *Puente Nuevo* el que se principió en 1578 y se concluyó en 1609.

Allí ya se empiezan á sentir impresiones de otro carácter, y mas si como frecuentemente acaece, el encuentro no interrumpido de carruajes obliga á hacer sobre el puente una pequeña detencion,

y si por casualidad se va en compañía de algun conocedor que pueda decir : « esta estatua ecuestre de bronce que tenemos á nuestra izquierda sobre el puente mismo, es la de Henrique IV, de aquel famoso rey que tenia por una de sus máximas favoritas el llegar á poner la Francia en estado que al mas miserable frances no le faltara una gallina para el puchero en cada dia de fiesta, y lo consiguió : ya veis que estamos sobre el *Sena*, que atraviesa á Paris y le divide en dos grandes partes aunque desiguales : tended la vista por sus aguas, ved las pequeñas embarcaciones que las surcan, y los magníficos establecimientos de baños que decoran sus orillas : ¿ veis aquellos ramales que forma su corriente, dejando aisladas una porcion de casas y de calles ? Pues esas son las islas de *Louvier*, de *San Luis* y de la *Cité*. Reparad en tantos y tan elegantes y variados puentes como cruzan el Sena : ahí tenéis el puente *María*, el de *Tournelle*, el de *Arcole*, el de *las Artes*, el de *Notre-Dame*, el de *Napoleon*, el de *Austerlitz* el de *Tullerías*.... he aquí á la izquierda el *Palacio de las Tullerías*... »

Al oír esto se acabó la paciencia y el silencio de Tirabeque : ya no tuvo calma para mirar al *Instituto de Francia*, al *Hôtel-de-Ville*, á las torres de la catedral de *Notre-Dame*, y á otros edificios notables que nos señalaba la mano de nuestro atento compañero. — ¿ Con que ese es el *Palacio de las Tullerías*? exclamó : ¿ Con que ahí es donde habita mi amigo Luis Felipe? — Ah, ¿ es vuestro amigo? le preguntó el frances. — ¡ Oh! mucho, mucho, contestaba Pelegrin : íntimos, muy íntimos; uña y carne. Mirábele el otro sorprendido, como quien no se habia figurado nunca que iba en compañía de un sugeto de tan altas relaciones ; yo me sonrei, el carruaje echó á andar, y el ruido impidió á Tirabeque dar mas explicaciones, cosa de que yo me alegré no poco ; y atravesando todavía algunas docenas de calles, dimos fondo en la de *Notre-Dame-des-Victoires*, punto de partida y paradero de las *mensagerías reales*.

#### Primera y segunda diligencia.

La primera diligencia del recién llegado á Paris, como del recién llegado á Roma, ó á Copenhague, ó á Medina Sidonia, es buscar donde albergarse, y la segunda buscar donde yantar. Porque supongo que el viajero no es ningun *agropolitita* que more y duerma en los campos, ni ningun camaleon que se mantenga del aire. Esto último debe ser cosa imposible cuando no lo han conseguido los cesantes de España. Con tan plausible motivo aprove-



charé la ocasion para hablar en este capitulo de los *Hoteles* y los *Restaurants*, dos familias muy largas y muy conocidas en Paris, y con las cuales todo extranjero tiene por precision que entablar relaciones diarias y de la mayor intimidad.

La eleccion de *hotel* en Paris supone, ó debe suponer al ménos, una séria consulta y un avanze bien calculado sobre las fuerzas bursátiles de cada elector, porque de entre los centenares de *hoteles*, ó sea posadas ó alojamientos que tiene á escoger, los hallará desde 50 francos (200 reales) por dia hasta la humilde pesetuela, en lo cual no entra por supuesto, como anteriormente llevo indicado, ni el alimento, ni la luz, ni el fuego, ni el servicio ó asistencia, ni mas que pura y netamente el cuarto y la cama.

El español que haya tenido la desgracia de ser ministro de Hacienda, ó director de rentas, ó del tesoro, ó intendente militar, ó arrendatario de sal, tabacos ó aguardientes, ó monopolista de bolsa, ó de cualquier modo haya intervenido en alguno de los infinitos *agios-o-teos* de esta última octava de años, puede muy bien alojarse en el hotel *Meurice* calle de San Honorato, ó en el de *l'Amirauté* calle nueva de San Agustin, ó en el de *d'Angleterre* calle de *Las hijas de Santo Tomás*, ó en el de *Wagram* calle de la Paz, ó en el de *Londres* plaza Vandome, ó en el de *Castille* calle de Richelieu, ó en cualquier otro de los muchos que hay de esta categoría. Pero el que haya tenido la fortuna de no ser mas que pagano, y hacer puestas y llevar codillos en el rocambor gubernamental que hace los mismos años se juega en España, tiene que acomodarse en alguno de los infinitos adecuados á la *feliz medianía* que decia Horacio Flaco, que como sustancia de un *Flaco* se mira ciertamente ahora el hacer consistir en eso la felicidad; y si no, traslado á nuestro Conde de Toreno á ver si se encontraba mas feliz cuando ocupaba como hombre *flaco* uno de los hoteles subalternos, ó ahora que como hombre *gordo* ocupa anchamente todo un piso del primero de los que acabo de citar.

La eleccion de *restaurants*, ó restauradores, que así se llaman los establecimientos donde se va á comer, debe igualmente estar en razon directa del estado de los fondos particulares del elector manducante. Desde el *infimum* de 26 sueldos por comida, por cuyo precio obtiene el candidato una sopa, tres platos y un postre, y ademas una média botella de vino si su gastronómica prodigalidad se quiere extender á los 30 sueldos, hasta los 20, 30, 40 y mas francos (que no son todavia el *máximum*, porque el *máxi-*

*mum* es indefinido), puede todo ciudadano acomodar sus cálculos de bucólica á lo que mas le plazca de las escalas intermedias.

Si el prudente lector no pudiese juzgar bastante por sí lo que será una comida de 26 sueldos, le diria que hay una comedia francesa titulada : « *Le dîner à 32 sous* : la comida á 32 sous » y si la comida de 32 ha dado argumento para un drama festivo de costumbres, calcule el entendido lo que podrá ser una de 26.

La aristocracia metalúrgica (única, y sea dicho de paso, que va quedando en el dia) puede escoger entre el restaurant de *Lengleu* calle de Richelieu, el de *Véry* en el Palais Royal, el de *Petron* en el boulevard Montmartre, el de *Cadran Bleu* en el del Templo, el *Rocher Cancale* calle de Montorgueil, *les Vendanges de Bourgogne* hácia el canal de San Martín; y el que quiera disfrutar de la belleza de unos salones ricos y suntuosos sin igual, que vaya al *Café inglés*, ó al de *Foi*, ó á los *Hermanos Provenzales* al lado del Pasaje Perron. Pero que no se queje despues si la temperatura de su bolsa, que iba á los 30 grados, se pone á los 13 bajo cero, nivelándosele con el frio comun y ordinario de los inviernos en Rusia. De mas humilde escala son el del *Cardenal*, el de *Paris*, el café *Poissonnière*, el de la *Cité* y otros, y sin embargo acaece que un penitente entra en ellos á tomar una ligera refaccion ó desayuno, y le sale un mediopollo al precio moderado de 6 francos, ó restaura sus fuerzas con una chuleta, un gajito de uvas y la mitad de média botella de Burdeos por la miseria de 7 francos y 60 céntimos.

El extranjero que vaya con ánimo de estudiar algo las costumbres de Paris y no lleve la estúpida pretension de lucirse, porque en Paris la mas necia de las ideas que pueden ocurrir al extranjero es la de hacerse notable por semejantes vias, debe adoptar una especie de sistema de partida doble para comer. Me explicaré, porque á la verdad la metáfora no es del todo clara que digamos. Quiero decir, que debe seguir un sistema ordinario y otro extraordinario : este para ir recorriendo en dias de humor las diferentes escalas de *restaurants*, á fin de experimentar de todo; y el otro para la prudente economía de una vida metódica y arreglada á los preceptos de la higiene y á la prevision de las otras cien mil necesidades con que hay que contar en Paris, todas ellas de mayor cuantía que la del alimento diario; pues si en todas partes es cierto que « *non de solo pane vivit homo*, » en Paris tiene un grado de certeza que aturde. Por eso el *restaurant* nuestro de cada dia puede ser muy bien de aquellos de entre 2 y medio y 5 fran-



cos comida; precio y gasto que ni resiente la decencia social, ni ocasiona quiebra á un presupuesto módico, ni se opone á los preceptos higiénicos, ni ofende la gastritis, ni produce querellas de parte de los órganos estomacales, como no sean órganos de estómago epulon.

Nosotros fuimos el primer día á uno de los de esta clase en *Palais Royal*. Ó los franceses cuando comen no ven mas que la vianda, ó deben estar muy acostumbrados á ver gente embaucada, una vez que no repararon en la actitud de estupefacción que tomó Tirabeque al entrar en aquel salon sin paredes, como él decia, por estar todas cubiertas de magníficos espejos, sin dejar mas espacio que el que ocupaban las columnas doradas que median entre uno y otro. — Señor, me decia, este comedor no tiene fin: yo veo lo ménos tres mil personas, y todavía no se divisa el remate. — Calla, simple, le dije: ¿no conoces que eso consiste en la multiplicacion de los objetos que se verifica por la refraccion de la luz en los espejos? Pues para eso no se necesitan grandes conocimientos de óptica. Por lo demas no es mas que un salon regular, y las personas que hay en él no pasarán de 200.

Sentámonos á una de las pocas mesas que habia vacantes, y en el momento se nos presentó un *garzon* preguntando: «¿quel *potage* désirez-vous Messieurs?» — ¿Cómo es eso de *potage*? replicó Tirabeque: pues qué, ¿se come aquí de viérnes? — No, hombre, le respondí yo; *potage* llaman aquí á la sopa. — Pues señor, bueno irá ello cuando empiezan cambiando los nombres de las viandas. ¿Y qué sé yo qué casta de sopas tienen estos hombres? — Mira, ese librito que ves sobre cada mesa forrado en tafete contiene el catálogo de artículos que se encuentran en el establecimiento: ábrele, y elige de entre ellos la sopa, y los cuatro ó cinco platos que se dan, aquellos que sean mas de tu gusto.

Abrió Tirabeque *la carte*, que así se llama el tal prontuario, y empezó á leer: «*Potages: au riz, au vermicelle, aux choux, à la julienne, à la condé....* — Señor, quédeme yo sin probar bocado si conozco una sola de estas sopas: que traigan esta *juliana*, que por mala que sea no me disgusta su nombre. — *Julienne, garzon.* — *Bien, Monsieur, bien.* — Ahora, Pelegrin, ves pensando en lo demas que has de pedir. — Señor, aquí veo en los *HORS-D'ŒUVRE, beurre et radis, artichaux, andouillette à la purée, saucisses à la choucroute....* y aquí en las ENTRADAS encuentro *gigot braisé au jus....* Señor, *gigote abrasando*, que lo coman ellos, los muy judíos: toma, toma! mire Vd. lo que hay aquí entre los ENTREMESSES: *asperges à*

*la sauce et à l'huile; asperges en petit pois;* efectivamente, mi amo, que no se armarán malos entremeses en la comida si andan los *asperges*. — Pero necio, si *asperges* son espárragos. — Vaya, vaya, mi amo, mejor será que pida Vd., porque si no me temo mucho que hagamos una de lego bárbaro.

Así tuve que hacerlo. Á cada plato que pedia respondia infaliblemente el *garzon* con el mayor agasajo y coquetería: «*bien, Monsieur, bien.*» Cada plato que nos llevaba era seguido de un «*le voilà, Messieurs,*» pronunciado con acento de satisfaccion y de servicialismo, como quien dice: «vean Vds. como les he complacido.» — ¿No te encanta, Pelegrin, le dacia yo á mi lego, la dulce amabilidad, la obsequiosidad mimosa de estos garzones comparada con el árido despego y el brusco «*quítate allá*» de los sirvientes españoles? — Señor, malo es aquello, me contestaba, porque los de allá en lugar de atraer como el iman, despiden como el erizo, pero la de estos es ya una lagotería, una zalamería que me revienta un poco.

Como unas ochenta mesas ocupadas por triple número de concurrentes habria en el salon. Esto en España supondria una animacion y bullicio capaz de producir una cefalalgia horrorosa. En Francia no se oye mas ruido que el de la vajilla y alguna otra conversacion casi á *sotto voce*. Los españoles cuando vamos á comer, especialmente en establecimientos públicos, vamos tambien á hablar, vamos á gozar y á bromear con los amigos: los franceses cuando van á comer van á comer; llenan su objeto y se marchan. Contribuye tambien mucho á esto la prohibicion de fumar en los *restaurants*, que, es el postre mas grato de las reuniones de confianza.

Concurren á comer á los restauradores lo mismo hombres que señoras; y familias enteras establecidas y vecindadas asisten diariamente á comer al restaurador. Desde las cuatro y media de la tarde hasta las siete es un incesante relevo de concurrentes; y puede muy bien calcularse que el número de los que comen diariamente en Paris en los *restauradores* no baja de *cuatrocientas mil* personas.

#### Palais Royal.

Regularmente el primer punto de Paris que visita el extranjero recién llegado es el *Palais Royal*, del cual apenas habrá español que sepa leer que ó no haya oido hablar ó no le haya visto escrito, pero que al propio tiempo apenas tiene idea de lo que es sino el